

Nada se dice del patrono que se aventaja antes de tiempo tratando en vano de inducir a los eternos disgustados y perezosos que hagan un trabajo a conciencia; ni se dice nada del mucho tiempo ni de la paciencia que ese patrono ha tenido buscando personal que no hace otra cosa que «matar el tiempo» tan pronto como el patrono vuelve la espalda. En todo establecimiento y en toda fábrica se tiene constantemente en práctica el procedimiento de selección por eliminación. El patrono ve constantemente obligado a rebajar personal que ha demostrado su incompetencia en el fomento de sus intereses, y a tomar otros empleados. No importa que los tiempos sean buenos este procedimiento de selección sigue en todo tiempo y la única diferencia es que cuando las cosas están malas y el trabajo escasea, se hace la selección con más escrupulosidad, pero fuera y para siempre fuera tiene que ir el incompetente y el inservible. Por interés propio del patrono, tiene que quedarse con los mejores, con los que pueden llevar un mensaje a García.

Conozco a un individuo de aptitudes verdaderamente brillantes, pero sin habilidad necesaria para manejar su propio negocio, y que, sin embargo, es completamente inútil para cualquier otro, debido a la insana sospecha que constantemente abriga de que su patrono le oprime o trata de oprimirle. Sin poder mandar, no tolera que se le mande. Si se le diera un mensaje para que lo llevara a García, probablemente su contestación sería: «Llévelo Vd mismo».

Hoy este hombre anda errante por las calles en busca de trabajo, teniendo que sufrir la inclemencia del tiempo. Nadie que le conozca se le ofrece a darle trabajo, puesto que es la esencia del descontento. No entra por razones y lo único que en él podría producir algún efecto, sería un buen puntapié salido de la punta de una bota del número nueve de suela gruesa.

Se, en verdad, que un individuo tan moralmente deforme como ese, no es menos digno de compasión que el físicamente inválido; pero es nuestra compa-

sión derramemos también una lágrima por aquellos hombres que se encuentran al frente de grandes empresas, y cuyas horas de trabajo no están limitadas por el silbido del pito y cuyos cabellos prematuramente encanecen en la lucha que sostienen contra la indiferencia zafia, contra imbecilidad crasa y contra la ingratitud cruenta de los otros quienes, a no ser por el espíritu emprendedor de estos andarían hambrientos y sin hogar.

Diríase que me he expresado con mucha dureza. Tal vez sí; pero cuando el mundo entero se ha entregado al descanso, yo quiero expresar una palabra de simpatía hacia el hombre que sale adelante en su empresa, hacia el hombre que aún a pesar de grandes inconvenientes, ha sabido dirigir los esfuerzos de otros hombres, y que, después del triunfo resulta que nada ha ganado nada más que su subsistencia.

También yo he cargado mi lata de comida al taller y he trabajado a jornal diario y también he sido patrono y se que puede decirse algo de ambos lados.

No hay excelencia en la pobreza, "per se"; los harapos no sirven de recomendación; no todos los patronos son rapaces y tiranos; no todos los pobres son virtuosos.

Mis simpatías todas van hacia el hombre que hace su trabajo cuando el patrono está presente como cuando se encuentra ausente. Y el hombre que al entregársele una carta para García, tranquilamente toma la misiva, sin hacer preguntas idiotas, y sin intención alguna de arrojarla a la primera alcañitarilla que encuentre a su paso o de hacer cosas que no sean entregarlas al destinatario, ese hombre nunca queda sin trabajo ni tiene que declararse en huelga para que se le aumente el sueldo. La civilización busca ansiosa, insistentemente, a esa clase de hombres. Cualquier cosa que ese hombre pida la consigue. Se le necesita en toda ciudad, en todo pueblo, en toda villa, en toda oficina, tienda y fábrica y en todo taller. El mundo entero lo solicita a gritos; se necesita con urgencia al hombre que pueda llevar un "Mensaje a García".

Disciplina

LA Campana y la corneta han sido, desde lejanos tiempos, para los hombres signos de atención para la oración y la guerra.

Sus toques van dirigidos a la colectividad, conocedora de antemano de su significado y sometida, voluntariamente a su mandato.

Toda reunión tiene por fin algún acuerdo, alguna decisión, algún proyecto de las personas que se reúnen. Igualmente, los hombres agrupados, desde siempre han buscado la persona depositaria de sus acuerdos, la directora de sus acciones es decir: Han pensado enseguida en una Autoridad, en un Mando, que acusa la responsabilidad de las ejecuciones, dirima las opiniones contradictorias sanciona las informalidades de lo acordado.

Ya tenemos pues una colectividad, una acción común que ejecutar y un fin único que perseguir, con un mando constante que acatar.